

Vicente Blasco Ibáñez y el cinematógrafo
(*Diario de la Marina*, 22-11-1923)

—¿Don Vicente Blasco Ibáñez?

—Servidor de usted.

Nos quedamos un momento silenciosos. Aquel hombre grueso, de aspecto de burgués adinerado, es uno de los escritores más populares de la época. Sus novelas se leen con avidez en todo el mundo. Los nuevos libros que salen de su pluma fecunda, de tramas originales vestidas con brillantez insuperable por el poder de sus facultades coloristas, desaparecen rápidamente en el público que, ansioso, pide obras, como si el maravilloso escritor no fuera humano y, por lo tanto, susceptible de cansarse de la constante labor.

Ulises Ferragut, tipo rudo de *Mare Nostrum*; Eleonora, la belleza singular de *Entre naranjos*, el príncipe Miguel Fedor Lubinoff, de *Los enemigos de la mujer*, el tipo elegante e indiferente de Julio Desnoyers, todos, todos los personajes de sus novelas, pasaron formando una caravana interminable por nuestra imaginación.

Blasco, sorprendido de nuestro silencio, nos miraba con sus ojos pequeños y sagaces que gustan de escudriñar todo.

—¿...?

—El cinema es un portento, es una maravilla, sobre todo como lo entienden los americanos, y no se crea que en esto me muestre yancófilo, sino que lo que digo es una verdad innegable. Han sabido reunir el arte y el dinero. El primero lo atraen con el segundo. Sabido es que en un ambiente de tranquilidad económica el artista puede trabajar con más descanso. Es innegable que la imaginación no perturbada por otras imágenes que la de los personajes que crea, sabe encontrar los mejores recursos: la memoria recuerda los conocimientos adquiridos y el alma se entrega por completo, sobre todo, si es un temperamento de verdadero intérprete, que estos abundan mucho en los Estados Unidos.

A más de lo dicho, la fastuosidad de los escenarios de la Paramount, de la Fox, de la Metro y de la Goldwyn es maravillosa. Casualmente vengo de los Estados Unidos y tengo noticias de que *Los diez mandamientos*, de Cecil B. de Mille, ha costado la friolera de dos millones de dólares. Conque ya usted ve si es verdad que allí se gastan el dinero en las obras cinematográficas.

Todas las empresas norteamericanas, cuando se trata de hacer producciones especiales, tienen el mismo desprendimiento, y como es

natural, cuentan con buenos artistas y mejores directores que en un momento dado son capaces de hacer cosas maravillosas.

—¿...?

—No oculto la opinión que tengo formada respecto a las tres producciones que tres empresas americanas distintas hicieron de tres de mis novelas.

Los cuatro jinetes, en la presentación, es muy buena película y el público amante de la pantalla en Cuba lo debe haber apreciado así. En cuanto a la interpretación, fuerza es guardar reserva, porque hablar sería emitir una censura acre contra ciertos muñecos que el público inconscientemente ha elevado a actores de primera fila.

—¿...?

—Fue una impresión lamentable. No sabe lo que he sentido esa detestable impresión que produce en todo el mundo el intérprete del protagonista.

—¿...?

—Fue una sorpresa para mí. No supe que había cambiado de contrato. Mejor dicho, que se había trasladado de una empresa a otra.

—¿...?

—Claro que no intervine en el reparto. Ganas me dieron de entrarle a tiros a todos los actores que tomaron parte en la interpretación.

—¿...?

—Ahí tiene usted la mejor cinta que han podido hacer de mis novelas.

Realmente el asunto de *Los enemigos de la mujer* se presta para desarrollarlo a estilo americano en una película. Tiene todos los elementos exóticos; las mujeres raras y amigas del derroche, así como los hombres» (la megalomanía del príncipe Lubinoff es una prueba de lo que decimos) encuentran en la pantalla un campo que yo no soñaba cuando hice la novela. Entonces no creía al cine de tanta importancia como hoy.

—¿...?

—Alan Crosland, de quien usted me habla, es uno de los directores más inteligentes. Su experiencia es admirable. Por ello ha podido concentrar en la película *Los enemigos de la mujer* todos los elementos necesarios para su buen éxito.

—¿...?

—Creo que esta cinta ha de gustar en Cuba. Tiene escenas de mucho interés desde todos los puntos de vista.

No es cierto que yo haya intervenido en la dirección técnica. En cuanto a la artística no es incierto que haya tenido parte principal. Estaba muy escamado con los resultados anteriores

—¿...?

—Eso depende de un fenómeno que quizá usted habrá observado. El sajón tiene una manera de pensar distinta a la del latino en puntos sustanciales. Y esta manifestación de su contextura espiritual se pone de relieve en las películas. Por ello no quise dejar *Los enemigos de la mujer* al arbitrio de sus originalidades artísticas.

—¿...?

—El cinema sigue avanzando y realmente no sabemos hasta dónde irá a parar. Puede que abarque todas las manifestaciones del humano saber y puede que se detenga de improviso porque la humanidad caprichosamente le niegue derecho a la vida. ¡Es tan asombrosamente variable el gusto de los hombres y sobre todo los giros de la evolución en general!; pero mientras que vivan hombres como Griffith, Gordon Edwards, Millard, Fitzmaurice, Crosland, Rupert Hughes y De Mille, es innegable que el cinematógrafo se mantendrá al mismo plano que actualmente.

—¿...?

—Eso es lo peligroso del cine. Esa cinta de aventuras cuya difusión es tan peligrosa como los folletines truculentos. Mas, como todo en la vida se realiza por selección, verá usted qué pronto desaparece esa yerba mala del teatro del silencio y entonces sabe Dios a dónde llegará el cine...